**Homilía en la Celebración de Vísperas**

**Fiesta de la Conversión de san Pablo, apóstol**

*Siervas de María, Ministras de los Enfermos*

Roma, 25 de enero de 2021

En las antífonas que acompañan los salmos (*Sal* 115 y *Sal* 125) y el cantico (*Ef* 1, 3-10) de estas Vísperas en la fiesta de la Conversión de san Pablo encontramos una síntesis de la vida del Apóstol de los Gentiles.

1. «*Muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo*» (2*Cor* 12, 9b). En esta antífona, tomada de la segunda carta a los cristianos de Corinto, san Pablo nos muestra que tener conciencia de nuestra debilidad es el motor para entablar un combate dentro de nosotros mismos. Tomando conciencia de que somos débiles, nos acercaremos con confianza al trono de la gracia de Cristo para pedirle que sea nuestra fuerza y nuestro amparo ante los ataques del enemigo. Sin embargo, no hemos de olvidar que uno de nuestros peores enemigos no está lejos de nosotros sino muy dentro: el desánimo. Confiemos, por tanto, nuestras vidas a Dios. Pidamos la gracia de Cristo, porque con él todo lo podemos: él es nuestra fortaleza, él ha elegido lo débil del mundo para confundir a los fuertes, él ha elegido a los necios para confundir a los sabios (Cf. 1*Cor* 1, 27).

2. La segunda antífona procede de la segunda carta a los corintios: «*Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer*» (1*Cor* 3, 6). Para el apóstol, plantar significa evangelizar, es decir, hacer que muchos conozcan el mensaje de la salvación de Cristo y, conociéndolo, se conviertan de su conducta y se salven. San Pablo es consciente de la misión recibida por parte de Dios, ya que es él quien lo ha enviado: la semilla, es decir, el Evangelio, es el mensaje de Dios; el sembrador es el apóstol, el evangelizador; la tierra en la que es sembrada es el corazón de cada hombre, que ha de acoger, humildemente, la Buena Noticia; y quien da crecimiento a esa semilla, con el sol de la gracia y el agua de los sacramentos, es el Creador, es decir, Dios mismo. Todo comienza en Dios, como su fuente, y todo tiende siempre a Dios, como su fin.

3. «*Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia: yo he de gloriarme en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (*Flp* 1, 21; cf. *Gal* 6, 14). La primera parte de esta tercera antífona está tomada de la carta a los Filipenses y, la segunda, de la carta a los Gálatas. En la Cruz ha encontrado san Pablo su gloria, ya que la Cruz es el signo del amor supremo de Cristo, que dio la vida por sus amigos (cf. *Jn* 15, 13). El Apóstol ve en el sacrosanto madero de la Cruz la fuente de la vida: del costado traspasado del Redentor brotan la Iglesia y los sacramentos. Además, por medio de la Cruz, a través de la cual Cristo Jesús crucificó la carne y el poder de este mundo, hemos muerto con él y hemos resucitado con él a una vida nueva. Por tanto, vivamos en santidad y justicia todos nuestros días.

En este año, marcado por esta especial situación en la que nos encontramos, hacemos también memoria de la canonización de vuestra Santa Fundadora, que tuvo lugar un día como hoy del año 1970. En las tres antífonas que acabamos de meditar, podemos encontrar también resumida la vida de santa María Soledad: en su debilidad, encontró a Cristo, su fortaleza; en la misión recibida, ayudó a evangelizar el dolor como camino para alcanzar la salvación; en su donación total, nos dejó un ejemplo para que crucifiquemos nuestra carne y nuestra voluntad y seamos totalmente de Dios.

Pidamos al Señor que nos conceda un verdadero espíritu de conversión para caminar siempre hacia él y ser en el mundo, como lo fueron el apóstol Pablo y santa María Soledad, testigos de la única verdad que es Cristo.

**Rvdo. D. Salvador Aguilera López**